

Tercera. El envilecimiento, abatimiento y destrucción de todas las industrias y cultivos, porque el dinero es para el conjunto de un estado, lo que la sangre en el cuerpo. Donde hay dinero en abundancia todo se paga bien, y todo trabajo se remunera y estimula: al contrario donde no lo hay, nada valen las cosas.

Quarta consecuencia será, la desanimación y muerte del comercio. Ya no vendrán naves nacionales a Veracruz: ya no habrá internación de Veracruz para otros lugares, porque ni habrá seguridad de caminos, ni confianza de vecinos a vecinos: ya no habrá conducciones, y el arriaje quedará aniquilado y pereciendo con sus mulas y criados, los que se ocupan en este ejercicio, y acabado el cuerpo de comerciantes, millares de familias pereciendo, y millones en desnudez, indecencia y miseria.

La quinta consecuencia es, la turbación de todo el orden social, político, y el religioso. Se suscita sedición y alboroto, y con ella ya el feligrés dexa su parroquia, el indio su choza, el español su domicilio, el labrador el arado, el vaquero su vacada, el artesano su taller; todo es odios, enemistades, ya nadie cuenta con sus bienes, ya todo es el roncó clamor de la discordia, el desasosiego, la sospecha, la invasión, la rapiña, el saqueo, el robo, las muertes. En una palabra, la ruina de los individuos, la de las familias, la del estado y de la América.

Sexta, precisa y final consecuencia. Sabe el extranjero que ya levantó su horrible cabeza la hidra de la rebelión: que la guerra intestina y civil se enciende: que ya está dilacerada y rasgada la túnica inconsutil, porque ya no hay respeto a la religión, ya no hay amor a la patria, ya se rompieron todas las barreras de la justicia, ya se violaron los derechos de propiedad por el robo, ya se insultó la autoridad pública por la violencia, ya hay fuerza armada contra las leyes. Saca de aquí el extranjero la consecuencia, pues ya no hay virtud, ya no hay unión, ya hay división entre pueblos y pueblos, entre personas y personas, ya no hay energía, ya hay debilidad. Ahora es el tiempo de atacar, de invadir, de dominar ese estado floreciente.

La que es ahora felicísima N. E., América

dichosa, el país de la pura religión, del sosiego, de la dulce paz, y amable tranquilidad y fraternidad; será mañana provincia desolada, agregación infeliz de otra nación, que a las claras vendrá a atacar esta dulce morada, ó con los hipócritas pretextos del auxilio y el comercio, pondrá pie en nuestro suelo, tendrá luego tiendas, almacenes, armería, casas, población y fuerza, y hará por fin vasallos ó esclavos a los que ahora han despreciado la quietud, el sosiego, la libertad pacífica, el culto divino y la adorable religión.

Todo esto, todo esto es resultado forzoso de los que, teniendo el bien de la unión, abrazan el mal de la discordia; de los que estando gozando de la férax agricultura, pasan a hollar los campos, talar mieses, destruir las sementeras, aniquilar los caudales.

Se roba un millón, ¿y a quien se enriquece? A nadie. El que lo posee ya lo pierde, el muere, su familia perece; pero el que lo robó no lo goza, lo derrama, lo distribuye en sus satélites; el millón se acaba, se acaban mil vidas, y despues de todo nadie tiene y todos quedan pereciendo.

En este estado de división y el consiguiente de aniquilación, todos son débiles, y la nación que acomete vence y domina.

Este triste quadro ó colección de las desdichas que amenazan mi amada patria, mi apreciada nación, hacen rebosar en mi alma la congoja y el dolor, y tales cuales se ofrecen unas tras otras estas fundadas; pero amarguísimas y funestas ideas, las vacío con lágrimas a este papel, por si la Providencia Divina, que rendidamente imploro, quisiere permitir que lo lean mis compatriotas, pues yo bien sé, que la ternura, la dulzura de carácter, la sensibilidad y la compasión, son prendas propias de los americanos, y que acertará siempre el que los llame a la generosidad, a la bizarría, y a la gratitud.

Si, paisanos míos amadísimos. Sed generosos como lo habeis sido siempre. Amigos de dar y no de quitar. Dexad con sus caudales a los que los han adquirido por medios legítimos. No quebranteis la buena fé al que ha vivido tranquilo en la confianza de que vivía entre nosotros.

No hay griego, ni judío, sino Cristo, decid con el Apóstol; ó decid con Numa Pompilio: no hay sabino ni romano, ni rómulo. Queden destruidos esos nombres, y no hay sino el deseo de borrar hasta la memoria de antiguas parcialidades.

Así nosotros digamos: no hay gachupin, no hay criollo: esos nombres quedan poscritos y condenados por concordia. No hay mas nom-

bre, que el de VASALLO DE FERNANDO VII, ESPAÑOL, España unida, religión y lealtad, obediencia al Consejo de Regencia, y auxilio a nuestra madre patria, para que triunfe y venza, expela pórpidos franceses, y quede para siempre en los fastos de la historia escrito el VIVA LA ESPAÑA CONSTANTE, Y VIVA SU HIJA LA AMERICA FIEL Y GENEROSA.—*Melchor de Foncerrada.*

## NUMERO 145.

Memoria cristiana política por el Dr. D. Agustín Pomposo Fernandez de San Salvador.

### MEMORIA CRISTIANO-POLITICA

*Sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su desunión en partidos, y las grandes ventajas que puede esperar de su unión y confraternidad. Por el Dr. D. Agustín Pomposo Fernandez de San Salvador, Rector que fué dos veces de esta Real y Pontificia Universidad, Abogado de la Real Audiencia y del Ilustre y Real Colegio de esta Corte.*

El Excmo. Sr. Virey se dignó de pasar al autor la censura siguiente con oficio, mandándole que la imprima, y colmándole de honor.

EXCMO. SEÑOR.

La Memoria que ha escrito y presenta a V. E. el Dr. D. Agustín Pomposo Fernandez de San Salvador, comprehende quantos puntos interesantes pueden promoverse en el día, para cortar los progresos que pueda hacer entre los incautos el fuego de la insurrección suscitada en algunos pueblos de Michoacan. Y están tocados con felicidad, entusiasmo y dulzura. Considero, pues, que será muy útil la publicación de

dicha Memoria: y que su autor es muy digno de la estimación de V. E. y de la gratitud de todo el Reyno. México 18 de Octubre de 1810.—Excmo. Sr.—Dr. José Mariano Beristain.—México 19 de Octubre de 1810.—Imprimase—rubricado de S. E.

### MEMORIA CRISTIANO-POLITICA

*Sobre lo mucho que la Nueva España debe temer de su división en partidos, y las grandes ventajas que puede esperar de su unión y confraternidad.*

REFLEXION I.

La razón es tan poderosa y fuerte por sí misma, que no necesita las plumas ni las lenguas de los sabios para convencer a los racionales; antes bien es mas vigorosa quanto mas desnuda de atavios: ella hace que el hombre se convenza de la imposibilidad de un proyecto que le deslumbra, y que convencido desista de él, y ella es quien dice que los españoles europeos y americanos estamos unidos con tres lazos que son, la sangre, el interés y el beneficio: desengañense pues, los que en el letargo de la fanta-

sta soñaron el proyecto de romper en la fidelísima Nueva España un vínculo tan impenetrable á los filos del esfuerzo revolucionario: desengañense convencidos de la imposibilidad de romper esta union.

Los españoles europeos y criollos, estamos unidos inseparablemente ó como parientes, y hé aquí el lazo de la sangre; ó como correspondientes por qualquiera clase de negociacion ó comercio, y hé aquí el lazo del interés; ó como beneficiados por qualquiera oficio de la sociedad, y hé aquí el lazo del beneficio.

En qualquiera de estos tres modos es necesario, para creer posible el buen éxito de una revolucion entre nosotros, suponer primero al hombre, ó insensible y sordo á los clamores de la naturaleza, ó enteramente privado de razon para que no mire siquiera por su interés ó utilidad, ó tambien insensible para no corresponder á su bienhechor: ¿y hay uno siquiera que haya degenerado del ser humano, hasta el extremo de insensibilidad que seria necesario para no oír la voz de la sangre, para no ver por su interés, y para no reconocer el beneficio? Pero permitido que hubiese algunos, que es lo sumo que puede permitirse y no concederse, ¿serian esos pocos suficientes para llevar al cabo un proyecto que nadie puede dudar que necesitaba la union de muchos corazones de igual temple?

No ignoramos que los hombres que se aventuran á tal proyecto, no premeditan ni reflexionan: por eso la razon es quien debe alumbraarlos en estos críticos momentos, para que dando lugar á un exámen juicioso y maduro, desistan de una empresa en realidad imposible.

¿Habrá muchos hijos decididos á realizar el proyecto, que encontrando á un padre, á quien despues de Dios deben el ser, la educacion, las conveniencias, y las ternuras y caricias que alimenta la sangre, tengan esfuerzo para pasar su pecho... ¡el pecho paternal!... con el acero ó con el plomo ardiente, ver sus heridas virtiendo aquella sangre, y no conmoverse? ¿habrá muchos padres cuyo brazo no desmaye al dirigir el golpe á sus hijos, aun quando estos hayan sido malos? ¿podrá dexar de ver en ellos la

carne de su carne, la sangre de su sangre? Y qué cariño, qué fidelidad, qué delicia puede aguardar de una consorte hermosa, amante y amada, el marido en quien ella ha de ver el homicida que la sacrificó á su proyecto, los hijos, los padres ó hermanos? Ved aquí pues á la sangre, frustrándolo y retrayendo el brazo de tan cruel é inhumana execucion.

Pero suponiendo á esos hombres sordos al grito de la naturaleza, ¿su propio interés no debe retraerlos? porque ¿quien de ellos al reflexionar que va á quitar la vida al que fomenta su caudal, sin cuyos recíprocos auxilios por la industria ó comercio, ve desaparecer el giro de su casa al golpe de su propia mano, tendrá aliento para consumir el crimen? ¿qual hacendado será tan ciego que no vea que el manantial de su riqueza, nace de la honradez y actividad de los duros trabajos de aquel administrador de la finca, y de los sudores insupportables y los brazos de aquellos sirvientes, cuya sangre vertida ha de cegar el manantial por lo menos para tantos años que no es de esperar que le alcance la vida para ver restablecido en su hacienda aquel orden y cultivo que actualmente goza? Y si tendemos la vista sobre este lazo del comercio, con que Dios ha unido á la nueva con la antigua España, ¿quien no ve que ni aquella puede subsistir sin los muchos géneros y efectos que esta nos conduce en trueque de la plata y oro, y de otros frutos; ni esta sin esa plata y oro? algo mas, todo el mundo antiguo pende del nuevo por este aspecto, y todo el nuevo pende del antiguo: hé aquí el segundo obstáculo enervando el vigor de la atrocidad.

Mas quando estos hombres sean insensibles al justo clamor de la carne y de la sangre; quando lleguen á desentenderse de la necesidad de aquel mutuo comercio origen de sus riquezas y felicidad, ¿serán tan bárbaros que no envaynen la espada, viendo que el blanco en quien deben teñirla, es aquel bienhechor que con su dinero, ó de otra manera les sacó de los brazos de la miseria, y les proporcionó la subsistencia que disfrutaban con sus familias? ¿la ingratitude, vicio condenado aun por los pueblos y naciones mas feroces, tendrá lugar en unos

pechos nobles donde el pundonor tiene su alojamiento? ved aquí pues al beneficio desarmando el brazo homicida.

Pero ¿quanto hace subir todo esto de punto la sola reflexion de que no es una razon sólida y justa, sino solamente algun privado resentimiento respecto de algunos, y respecto de todos, el hecho inocente de haber nacido en este ó en aquel suelo, lo que se mira por unos y otros para decidirse á executar el crimen! ¿distinguen por ventura para salvar al uno y exterminar al otro entre el hombre de bien y el malvado, el justo y el pecador, el inocente y el criminal? ¿y tal proceder cabrá en racionales?

No, no: por mucho que tales proyectistas hubieran franqueado todas sus entrañas al contagio napoleónico; por hondas que se hallasen las raíces que su infame política peculiar hubiera echado, y por corrompidas que supusiéramos las costumbres de los insurgentes, no podemos creerles petrificados con el jngo de la iniquidad hasta el grado de ser insensibles en el acto de derramar la sangre de sus padres ó hijos, hermanos ó sobrinos, de sus corresponsales ó dependientes, y de sus bienhechores: los lazos de la sangre, del interés y del beneficio unen tan inseparablemente á los españoles europeos y á los criollos de la nueva España, que, ó han de dexar de ser hombres, ó han de desistir de una empresa tan execrable.

¡O tú, quien quiera que seas, que desenvaynas el acero para derramar la sangre de otro hombre! detente, y mira ¿si tienes valor para dexar á tus pies yerto á un amigo que siempre te ha beneficiado, ó á un corresponsal á quien debes tu fortuna, ó á un padre á quien debes el ser, ó á un hijo á quien lo diste? Luego la naturaleza, la gratitud, y nuestra propia utilidad, son quienes deben arrojar muy léjos de nosotros las armas homicidas, y sepultando en eterno olvido toda ribalidad ó espíritu de partido, deben totalmente estrecharnos con los lazos de la caridad, para que no pensemos sino en ampararnos mutuamente, en conservar estos dominios al amable FERNANDO VII, respetando y obedeciendo á los que nos gobiernan en su nombre, y en hacer ver á todos los pueblos y naciones, que la religion de los habitan-

tes de ambas Españas no sugiere otra cosa que paz, lealtad y patriotismo.

## REFLEXION II.

Si los sabios hablan á los sabios y á todos, yo que no soy mas que un humilde admirador de los talentos con que el Altísimo les ha dotado, solo hablo con los que considero deslumbrados por falta de reflexion, y á los pobrecitos rústicos y sencillos, y debo desenvolver quanto pueda las ideas que qualquier literato conocerá que envuelve mi reflexion primera.

Si la razon persuade que no es posible romper la union estrechada por los lazos de la sangre, del interés y del beneficio, sin que los habitantes de la nueva España se degraden del ser humano, el desenfreno de las pasiones, es con todo capaz de embrutecer á algunos pocos y de hacerles tan estúpidos que no sean sensibles á su propia naturaleza, á su interés individual, ni al agradecimiento; y ya que á estos pocos no les sea posible romper la union de estos tres lazos, les es posible desentenderse de lo que estos vínculos piden, olvidando sin reflexion por algunos momentos sus deberes, para causar tal vez sin pensarlo, los estragos inseparables de la anarquía, y que al fin, el todo venga á ser sacrificado por los partidos, y entregado á las garras crueles y ambiciosas del detestable Napoleon.

Asi es que la verdad eterna, nuestro Señor Jesucristo ha dicho: *todo reyno dividido en si mismo será desolado*; verdad infalible, que habiendo salido de la boca del hombre Dios, debe aterrar á los incautos que deslumbrados con las promesas de una felicidad imposible de verificarse sobre la tierra, quisieran asociarse á los seductores: verdad que á estos mismos debe estremecerles y hacerles desistir de su fantástico pensamiento.

Porque ¿somos, ó no somos cristianos? si lo somos, creemos esta verdad y todas las que nos enseña el Evangelio: si hay entre nosotros algunos que no lo sean, serán tan pocos y tan hipócritas que hayan podido estar escondidos por algun tiempo, mas serán muy breve descubiertos. Y aunque entre tanto ellos no crean las

verdades del Evangelio, no por eso serán me- nos ciertas: ellos sí, ellos las conocerán en el momento que mueran, y el universo entero, desde Adán hasta el postrer hombre que na- ciere, será testigo en el último día de los tiem- pos, de la confusión infructuosa que harán ellos mismos, de que por no haberlas creído erraron del camino de la verdad y fueron in- sensatos.

¿Y quien de los mortales será capaz de dar- nos á entender, qual será la rabia y furor con que rechinando eternamente sus dientes, y ar- diendo en el fuego inextinguible mientras Dios fuere Dios, verán que aunque sea porque no reflexionaron como debian, derramaron la san- gre de sus padres, hijos y hermanos, y algunos la que circulaba en sus propias venas: que per- dieron sus intereses temporales y eternos: que pensando en el principio que era muy facil no mancillar la humanidad ni la lealtad, se halla- ron engañados y convertidos en tigres crueles y furiosos contra sus bienhechores para que quien no imaginaron fuese dueño de la presa: que hicieron esclavos de un tirano brutal vomitado por el abismo, á sus propios hijos y her- manos, los que quedaron vivos; pasto de la lu- xuria de los mas viles hombres á sus mismas esposas, hijas y hermanas; dueños de las rique- zas que robaron á los que las habian adquirido por su industria, trabajos, herencia ú otro tí- tulo, á los que ni conocieron ni pudieron ima- ginar que se perdian para enriquecer á estos?

¿Y por qué todo esto? solo por dejarse reba- tar de una pasión vil qual es el odio á sus se- mejantes; por haber olvidado que el demonio para engañar al hombre procede por grados, persuadiéndole primero que tal accion es ino- cente, y tal vez santa para lanzarle y precipi- tarle luego á los mayores crímenes, á los que el hombre se creia incapaz de prestarse jamas.

Pero ¿qual seria esta rabia y furor de los des- lumbrados, viendo que sin pensarlo facilitaron la profanacion de los templos, el saqueo sacrí- lego de todo lo que la piedad de los fieles tenia consagrado al culto de Dios? ¿qual quando vean pisadas las hostias sagradas en que no podrán dudar que estaba realmente el cuerpo adorable de Jesucristo? ¿será razonable que quando la

paciencia infinita de Dios, sin embargo de nues- tros pecados, le hace baxar diariamente á las aras que este reyno feliz le tiene consagradas, y esto quando ya no baxa el Hijo de Dios Sa- cramentado á tantos, tantos pueblos á dó en la serie de muchos siglos habia baxado. . . . ¿será razonable que haya habitantes de América que destierren esta victima inerte, por la qual la ira omnipotente no descarga su azote sobre nosotros?

Pero ¡quanto furor, repito, qual será la rabia de aquellos, mirando pisadas, quemadas y des- hechas, esas imágenes, delante de las quales, y por cuyo medio los cristianos hallaban el con- suelo y el remedio de sus males espirituales y temporales! ¡qual! ¡Santo Dios! qual será el in- fernal furor con que miren arrojar á las llamas por las manos sacrílegas é impías, ese escudo de la proteccion del cielo, esa imagen amabi- lísima y sacrosanta de la Reyna de los serafi- nes, de la Madre tierna de los americanos *Santa Maria de Guadalupe*. . . ese otro prodigio- so simulacro de la Madre de Dios que llamamos de los *Remedios*, en cuyo culto ha tan pocos dias, que regaron los fieles habitantes de Mé- xico con lágrimas dulcísimas los templos y las calles, y agotaron los esfuerzos del culto reli- gioso! . . . ese otro amorosísimo y consolante portento del Santísimo *Cristo de Santa Tere- sa* la antigua! . . . ¡Oh! ¡que infierno tan justo y tan horrendo padecerán los que causaren esto, por mas que lo causen sin haberlo pensado! ¡quan desventurados serían aun en este mundo los ojos que lo vean!

¡Españoles europeos y americanos, indios, castas, hijos todos de Jesus y Maria! fuistes hasta hoy defendidos por Jesus y Maria, de la carnicería tremenda de los sacrilegios deplora- bles de la desolacion, y de la espantosa esclavitud y miseria que á guiza de un mar que rompió la playa han inundado toda la Europa, ¿ten- dreis esfuerzo para ver pisar á Jesucristo, y despedazar y quemar sus imágenes y las de su purísima Madre, hasta la *Guadalupe*? ¡Dios mio! mis nervios trémulos no sufren aun ima- ginarlo: ¡quan cruel, quan impía y detestable es la desunion que debe producir tales estra- gos! ¡y quien sin verter torrentes de amargura,

podrá ver quemados los altares, convertidos los templos en cuarteles y caballerizas, los con- ventos de las vírgenes religiosas en lechos de prostitucion, y las mismas esposas puras de Je- sucristo, violadas por la sensualidad de los ver- dugos infames, de los criminales partidarios de la rebelion? Las piedras mismas de las pare- des de los templos y monasterios se despeda- zarian de dolor, y solo el pensamiento de esto que puede hacer la desunion, hace que la pluma horrorizada quisiera mas bien que hablasen las lágrimas.

Pues esto sucederia, cristianos habitantes de la América, si llegase á tomar cuerpo la rebe- lion: esto veriais hacer á los que se engañan y os engañan con una ilusoria felicidad, y os di- cen que su intento no es otro que conservar la religion, y guardar el cetro á FERNANDO VII, que solo quieren quitar del medio los unos á los gachupines, los otros á los criollos; como si gachupines y criollos no estuviésemos uni- dos por el dedo de la Providencia divina, con los lazos de la sangre, del interes y del bene- ficio, y lo que es mas, con el de la religion; y como si fuera posible romper esta union sin sa- crificarlo todo, y sin degradarse antes del ser de hombres; porque aunque ellos por ahora es- ten muy lejos de pensarlo, como voy suponien- do, la libertad, el desenfreno de las pasiones, el furor y venganza que habitarian como de asiento entre nosotros, serian otras tantas cau- sas que tarde ó temprano producirian infali- blemente la infraccion, no solamente de los de- rechos que tienen los hombres para con los hombres, sino de las obligaciones mas sagradas, que sin excepcion alguna todos hemos contra- ido con Dios.

No temo engañarme al afirmar, que esta es sin disputa la escala en toda revolucion: el odio, concebido tal vez por motivos frívolos, encien- den la tea de la discordia: esta sugiere asesi- natos y robos: estos facilitan el paso á los vi- cios mas criminales; y todo este horroroso con- junto, produce al fin la irreligion.

## REFLEXION III.

Esta conmocion acaso pareceria disculpable,

si tuviese por blanco unos hombres que siem- pre hubieran meditado nuestra ruina; pero es todo lo contrario, pues se intenta que se armen nuestros brazos contra los hijos de aquella na- cion gloriosa que pudo dar valor á la Reyna Doña Isabel para enagenar sus alhajas, y ha- bilitar la primera expedicion al descubrimien- to de este nuevo mundo; contra los hijos de aquella Madre que colocada en el extremo del mundo antiguo, ha sido poderosa casi tres si- glos para impedir con su egida que la guerra, este mal tan funesto á las naciones, pisara nuestro suelo: si no conocemos todo el bien in- calculable que nos ha resultado, solo por no haber visto en medio de nosotros la guerra asola- dora, leamos la historia de los estragos que ha hecho en este mismo tiempo en la Europa y algo conoceremos: ¿pero para qué tender la vista hasta la Europa? en la misma América, en la hermosísima isla de Santo Domingo, ha- llarémos el mas horroroso testimonio, de los estragos que produce la desunion: ¿qué ha que- dado allí, mas que ruinas y negros que se de- voran unos á otros?

Y si los españoles europeos vuelven los ojos á los americanos, ¿no es cierto que hallan igua- les poderosos motivos para amarles? ¿no son bien acogidos desde que pisan la playa? ¿no encuentran amor, fraternidad, caridad, confian- za, socorros, estimacion y auxilios para esta- blecerse? y ya establecidos, portándose bien, ¿no se ven colocados ó por enlaces matrimonia- les ó en empleos y honores á placer sin queja de los indios? ¿ó no alternan con estos para gozar de todos los bienes que el Criador derra- ma en este suelo?

Pero sigamos viendo contra qué próximos se intenta armarnos: contra los españoles, á los quales escogió Dios entre todas las nacio- nes para que condujeran á estos países el tesoro inestimable de la religion, que desterró los ídolos, los sacrificios de corazones humane- tes de millares de hombres, y todas las abomi- naciones de la barbarie. . . ¡Ah! ¿somos cris- tianos ó no lo somos? vuelvo á preguntar; y si lo somos, ¿como dexaremos de amar á los que el Dios de las misericordias escogió para hacer un bien de tan suma estima, que quando nin-

gun otro motivo de tantos que nos gritan, existiera, este solo seria suficiente para que jamas nos hartásemos de amar de todo corazon, á los descendientes de los que abrieron el cielo á tantos pueblos, y especialmente á vosotros amables indios, que gemiais desconocidos de todo el mundo, y arrastrabais las cadenas de la idolatría y de la tiranía mas inhumana.

¿Como es que los que aman la religion no vean esto, y vean presos los sacerdotes y sabios exemplares, luego todos los que con su ciencia y amor á la religion podrian iluminar, y verlos despues muertos y sustituidos á ellos, á los que solamente enseñan la falsa doctrina que les prescriba el tirano á quien adulen? ¿como han podido creer que son devotos amantes de Maria santísima, los que diciéndolo así con las palabras, ejecutan el robo, el sacrilegio, el homicidio y los otros crímenes que condena la ley del hijo de la Virgen? ¿como pueden imaginar que siguen el Evangelio que condena toda rebelion, toda insubordinacion á las potestades legítimas, que les pone delante al mismo hijo de Dios, reconociendo en un juez tan iniquo como Pilatos la potestad de su Padre celestial, del Padre de las luces de quien viene y descende de toda potestad y todo bien, como dice Santiago? Creerlo así seria tragar los absurdos mas monstruosos que pueden concebirse: seria manifestar que ninguna racionalidad ni sentimiento de naturaleza habia quedado á los hombres, puestos que, mientras sean racionales, la sangre, el interés, el beneficio y la religion, deben unirles de tal manera que seria imposible hacer estos males.

¿Qué, porque ahora piensan que son católicos y protestan que no quieren dexar de serlo, se persuaden á que no se engañan? Que reflexionen, y conocerán que se han engañado; porque ¿como respetan los sacerdotes, y quitan á estos sacerdotes el alimento y el vestido? ¿no vén que esto pararía en exterminarlos?

Que reflexionen como empieza la rebelion, y uno de sus primeros estragos es penetrar la clausura, robar los haberes de unos ministros santos, y de unos religiosos exemplares, que no tienen otro crimen que el trabajar incesantemente en la salvacion de las almas: crece la

voracidad de esta llama, y ciegos al beneficio, emprenden y verifican el saqueo en la heredad de aquellos benéficos sacerdotes, que despreciando su propia vida, arrostran mil peligros, y nos asisten caritativos en el trance terrible de la muerte, los hijos de San Camilo: si, estos son, á los que de un solo golpe han quitado la única finca util con que desde su fundacion les dotó la piedad: todos vemos que pasan los dias y las noches á la cabecera de los moribundos pobres ó ricos, sin pedir ni admitir un sorbo de chocolate ni otra cosa: nada pedian á nadie y servian á todos, y tambien repartian limosnas á muchos miserables. ¿Y servicios semejantes merecen los malos tratamientos que han sufrido, y el despojo de los bienes únicos con que subsistian?

Y estos principios ¿que fines anuncian, sino los que yo supongo que no han premeditado esos hombres? Pero en los que sin pensarlo se hallarán miserablemente precipitados, sin arbitrio para evitarlos ni para encontrarles remedio, ahora á fuer de católicos están en tiempo de remediarlo todo: despues aunque lo quierán con todo el corazón y con todo el poder, no podrán conseguirlo: el hombre puede con el auxilio de la gracia sofrenar su amor propio, quando comienza á ponerle en el precipicio; pero si le suelta la rienda, se hallara infaliblemente precipitado sin poder volver á sofrenarlo.

## REFLEXION IV.

El amor propio: si este enemigo animado en los corazones de todos los hijos de Adán: este alevoso que insinúa insensiblemente, y sin dexarse conocer venda los ojos mas lince, es á quien atribuyo el deslumbramiento de los que han emprendido la revolucion en nuestros países; porque lejos yo de irritar y enconar las llagas, imagino que obran persuadidos de que hacen un servicio á la religion, al rey y á la patria; pero no miran quanto se han engañado, porque el amor propio les vendió los ojos.

A la verdad, ó habiamos de creer que eran fautores de Napoleon, ó que sin conocerlo siguen su cartilla infernal; y si no podemos creer lo primero, y antes bien creemos que aborre-

cen á ese horrendo monstruo, es imposible que dexemos de creer lo segundo: en tal supuesto, parece buen consejo advertirles lo que no advierten, para que volviendo en sí, desistan de una empresa que á ellos mismos y á sus compatriotas les envolveria en el caos de todos los males. No les traeré á la memoria la conducta de Napoleon en Milan el año de mil ochocientos en aquella proclama que dirigió á los párrocos, fingiéndose católico á la faz del mundo, y hablado de la religion como hablaria un Padre de la Iglesia; sino para reflexionar que habiendo Napoleon nacido en país y de padres católicos habiendo sido bautizado; y recibido en sus tiernos años la educacion cristiana, acaso no seria difícil creer que todavia en mil ochocientos era católico, aunque malo: acaso todavia la impiedad no habia arraigado en su corazón, y acaso él mismo no imaginaba entonces ser á poco tiempo tan impío, tan sacrilego, tan inhumano y ambicioso como el orbe entero le ha visto; pero el incienso de la adulacion, y el humo de la falsa gloria del mundo, que de dia en dia se aumentaban en su contorno, anublaron su religion, y el amor propio le enredó en sus redes sin dexarle escape, y allí le vendió hasta hacerle apóstata é incrédulo.

¿Y será imposible que suceda otro tanto á los que no pueden dexar de ver en este, un bosquejo de su conducta? Pero si Napoleon no se halló jamas en este caso, si mamó con la leche la irreligion y la impiedad, ¿faltarán por eso tales modelos? ¡Ojalá y no fuesen como son muchos centenares los de los mismos partidarios del corzo, que quando comenzaron la carrera revolucionaria, creyeron que lejos de ofender á la religion, al rey y á la patria, les hacian heróycos servicios! ¿Pues qué, no es verdad que en aquel principio habia en la Francia muchos católicos? ¿y no lo es que muchos de estos creyeron que era el zelo de la religion y el de la lealtad los que les impelian? ¿no lo es, que al cabo se hallaron homicidas, incrédulos, impios, materialistas y capaces de cometer todo crimen, esos mismos que no pensaron tal quando comenzaron?

Decís que sois católicos, y quereis que ninguno de nosotros dexa de serlo: que ni remota-

mente pensais hacer jamas guerra contra la religion que sois vasallos de FERNANDO VII, y quereis que todos lo seamos: que quereis conservar intactos estos dominios.

¿Y podeis presentar una prueba de que todos los españoles europeos que habitan entre nosotros no son católicos, y no quieren esto mismo? Ciertamente no hay esa prueba, ¿por qué pues les aprisionais, les despojais de sus bienes, y aunque ahora no lo penseis, os vereis al cabo decididos á quitar la vida á muchos? ¿no prohibe todo esto la religion, que enseña á perdonar las injurias, y cuyas armas son la leñidad y la mansedumbre?

Senté ya la verdad de que España no puede vivir sin socorros de la plata y oro de las Américas, estas son parte del cuerpo de la nacion, y todo el cuerpo es de FERNANDO: España es la cabeza: no hay cuerpo que viva si se le quita la sangre, ni cabeza separada del cuerpo que pueda defenderse y vivir: luego quitando como quitais, la sangre á vuestra madre, y separando como separis, el cuerpo de la cabeza, vosotros mismos entregais esta en manos de sus implacables enemigos, despues de quitarle la vida y de separarla del cuerpo: vosotros en vez de conservar sus dominios al amable FERNANDO, sois quienes los dividís; y que sea por no haberlo pensado y sin quererlo, ó fuese querido y premeditado, el efecto es el mismo.

No, no: porque muy luego enviaré socorros abundantísimos y acreditaremos al mundo, que la lealtad es inseparable de nosotros: quiero imaginar que es así, ¿pero y entretanto? ¿ignorais que hoy mas que nunca se halla nuestra madre afligida? ¿qué ahora es por otra parte la ocasion en que bien socorrida por sus hijas las Américas, puede sacudir el yugo, vengar sus ultrages, y aun abatir para siempre el orgullo de los tiranos? ¿no veis que si no se la socorre en tal ocasion, se la quitais de las manos, y á ella la dexais en las del tigre á guiza de una cabeza desangrada, muerta y dividida de su cuerpo?

Y si España por faltarla en tiempo conveniente los auxilios fuera vencida, ¿de quien podeis esperar que rompa los grillos del Santo Pio VII y de FERNANDO VII? ¿quedará en